

El secreto de la poesía

Ángel García Galiano
Universidad Complutense de Madrid

Igual que hay siete planetas en el universo ptolemaico, y Mahoma ascendió hasta el Séptimo Cielo (la unión inefable con el dios), y siete son las virtudes y las moradas del alma y los cuerpos del Hombre según la mística sufí, etc., así hay siete lenguajes desde los que el ser humano entiende, aprehende y cuenta la realidad y, desde ella, a sí mismo inmerso y Testigo del Todo.

El primer lenguaje es el del Mundo, el de la Naturaleza, por el humo sabemos que hay fuego y por las nubes y el cielo encapotado que hay lluvia. El segundo es el del cuerpo, no sólo decimos con lo que decimos, sino por el modo en que nos movemos, nos expresamos, etc: el lenguaje no verbal que a veces es tanto más significativo que el otro. El tercer lenguaje, con el que ahora me comunico, es el del pensamiento, es el de la sintaxis (la sintaxis también es una facultad del alma, recuérdese), es el de las lenguas naturales, que sirve para comunicarnos eficazmente y cuya finalidad termina allí donde ha demostrado su función, sin más: es unívoco, denotativo y funcional, con él construimos, o lo intentamos al menos, ese universo compartido de palabras (la Polis, la Res Publica) que es, o debería ser, común: la casa del lenguaje. Pero hay más: hay un cuarto lenguaje que es el de la lógica, el de las matemáticas, el de los ordenadores, un metalenguaje que



sirve, precisamente, entre otras cosas, para hablar del lenguaje: la Retórica, la Lógica o la Filosofía anidan en esta cuarta Forma.

¿Y los poemas? De dónde, de qué Lugar vienen las palabras que “no sirven para nada”, que no comunican algo concreto y funcional, ni tampoco reflexionan sobre esa construcción común, de qué excedente o necesidad de Realidad surgen las historias contadas al calor del hogar, los versos enamorados que brotan del encuentro con la Belleza, ¿por dónde se nos cuelan los elfos, las Lauras, las Elisás, el amado al aire de su vuelo, los cronopios, los mundos paralelos, las pisadas de gaviotas en la arena? Se trata de un quinto y más sutil lenguaje, ambiguo, connotativo, simbólico, que no quiere significar, sino ser, que no demuestra, sino que muestra: es el lenguaje de la Imaginación, el de la Poesía, el del Conocimiento (el conocimiento que nace de la inteligencia total, no de la mente): es el Lugar, llámese Utopía, *Fantasia* o *Neverland*, desde el que nacen las mil y una historias infinitas en el nocturno telar de la eterna y siempre nueva Scherezade. Ahí habitan y desde ahí nos laten los ritmos que anhelan el Amor y que indagan sobre el Tiempo: vibraciones en el agua, tensión del arco, espejos, ciudades invisibles pero reales que habitan la Palabra de una manera nueva y diferente cada vez,



Hay dos territorios más, “un poco más allá”, el de la música y el del Silencio [...]

porque al decirla no buscan los territorios de la razón (para eso ya tenemos la ética, las matemáticas, las computadoras...), sino los de un saber antiguo y total que llamamos la Sabiduría, transmitida así, de generación en generación y siempre renovada en cada mensajero: Petrarca, Garcilaso, Juan de la Cruz, Federico, Rilke, Neruda, Pedro Salinas: la voz a ti debida.

Ese es nuestro territorio. Hay dos más, “un poco más allá”, el de la música y el del Silencio, todos apuntan a este último (el séptimo cielo) y él apunta a todos en espiral infinita y maravillosa (esto es, milagrosa), sólo hay que abrir los ojos para verlo, despertar del sueño de la razón y adentrarse, de noche, a oscuras y en celada, y dejarse poseer por un Hada, por ese toque de la verdadera realidad que transforma con su mirada nueva todo lo que existe.

Los niños, como no esperan nada, lo ven todo: por eso saben que el mundo del que hablan los poemas es Real. El adulto, atrapado en sus miedos, creencias, anhelos y anticipaciones, no ve la Realidad, sino una mera proyección de sus deseos más prosaicos. Cada vez que leemos una poesía o escuchamos un cuento, recuperamos la mirada sin objeto y la alegría serena y sencilla de la realidad total que se despliega ante nuestros ojos.

Ese es el secreto, tan simple, tan hermoso, tan importante, de la Poesía.

Vale. ■



“A midsummer night's dream”, William Shakespeare. Illustrated by A. Rackham, 1908.